

James Aldridge, casa de brujas

Abel H. Pozuelo, 25/09/2009



COMUNITY. 2009

James Aldridge, casa de brujas

PLACE OF SKULLS. GALERIA CASADO SANTAPAU. Conde de Xiquena, 5. MADRID.

Hasta el 25 de octubre. De 7.000 a 12.000 €.

Paralelamente a su mudanza a un bosque de Suecia y al descubrimiento apasionado de cierta subcultura musical, la plástica de James Aldridge (Kent, 1971) ha ido trasladándose desde paraísos amables de vibración colorista a un lugar turbador y oscuro donde lo decorativo se torna extraña niebla.

Su primera individual española evidencia que cuanto más construye Aldridge sus imágenes a partir de la experiencia dentro del bosque, más se aleja de lo paisajístico. Aquí el bosque es, como en la pintura renacentista, un conjunto de signos. En *Place of Skulls* no es más valiosa la referencia naturalista que la iconografía que ha generado. Por ejemplo, se nutre de discos de *Heavy* y *Black Metal*, con su simbología neopagana cargada de signos ocultistas y alusiones a lo diabólico, pero también de los dibujos detallados y arquetípicos de ciertas guías para amantes de los pájaros. Aldridge quita a esas imágenes fabricadas su cáscara más superficial—parodiable—y,

desde la sinceridad de su vivencia de la naturaleza, las reintegra al ámbito de representación elemental, al sustrato que da origen al cliché.

Pero, más allá, sus obras parecen tratar de alcanzar cierta realidad intangible, espacio mental y experiencia mediada de lo natural donde lo imaginado, lo sublime, lo terrorífico, lo salvaje—y lo que de ello ha derivado en símbolo o icono—ayuden a quien se interne en ellas a reconocer lo oculto, los órdenes extraños, e inversiones de un (des)orden que ya sólo aparece en sueños.

Piezas con algo de maravilla y algo de pesadilla, donde animales y plantas son personajes que encarnan la presencia de lo oscuro y lo ignoto. Exuberancia, calaveras, arcanos. Lo implacable del cambio, con muerte y vida enganchadas por los colmillos. *Vanitas*, sí, pero también un despliegue, delicado y femenino, de una sensibilidad al servicio del hechizo y la perturbación.

ABEL H. POZUELO

25-9-2009 EL CULTURAL 31

Paralelamente a su mudanza a un bosque de Suecia y al descubrimiento apasionado de cierta subcultura musical, la plástica de James Aldridge (Kent 1971) ha ido trasladándose desde paraísos amables de vibración colorista a un lugar turbador y oscuro donde lo decorativo se torna extraña niebla.

Su primera individual española evidencia que cuanto más construye Aldridge sus imágenes a partir de la experiencia dentro del bosque, más se aleja de lo paisajístico. Aquí el bosque es, como en la pintura renacentista, un conjunto de signos. En *Place of Skulls* no es más valiosa la referencia naturalista que la iconografía que ha generado. Por ejemplo, se nutre de discos de *Heavy* y *Black Metal*, con su simbología neopagana cargada de signos ocultistas y alusiones a lo diabólico, pero también de los dibujos detallados y arquetípicos de ciertas guías para amantes de los pájaros. Aldridge quita a esas imágenes fabricadas su cáscara más superficial - parodiable - y, desde la sinceridad de su vivencia de la naturaleza, las reintegra al ámbito de representación elemental, al sustrato que da origen al cliché.

Pero, más allá, sus obras parecen tratar de alcanzar cierta realidad intangible, espacio mental y experiencia mediada de lo natural donde lo imaginado, lo sublime, lo terrorífico, lo salvaje - y lo que de ello ha derivado en símbolo o icono - ayuden a quien se interne en ellas a reconocer lo oculto, los órdenes extraños, e inversiones de un (des)orden que ya sólo aparece en sueños.

Piezas con algo de maravilla y algo de pesadilla, donde animales y plantas son personajes que encarnan la presencia de lo oscuro y lo ignoto. Exuberancia, calaveras, arcanos. Lo implacable del cambio, con muerte

y vida enganchadas por los colmillos. *Vanitas*, sí, pero también un despliegue, delicado y femenino, de una sensibilidad al servicio del hechizo y la perturbación.